
Mi nombre

Raquel Serur

¿Isbelia? No sabía que existiera ese nombre.

— Sí, es un nombre raro. Sólo conozco a otra Isbelia, a la mujer de mi ex marido.

— ¿Cómo?

— La conocí también aquí, en el aeropuerto. Iba a despedir a mi marido. Entonces todavía era mi marido.

— ¿Tú ibas a despedir a tu marido?

— No yo, ella. Ella iba a despedir a mi marido.

— ¿Cómo?

— Sí, verás. Deja que te lo cuente. Mi marido iba a salir a un viaje de negocios y supongo que, aprovechando el viaje, decidió pasar un par de días con Isbelia, su amante, antes de partir. . .

Isbelia tenía entonces treinta años, aunque aparentaba menos. No era lo que se dice una mujer guapa, aunque tenía un encanto impreciso. No es tampoco una gran conversadora, pero algo hace que su compañía sea siempre más que simplemente agradable —¿será la impresión que uno tiene de que, cuando habla, está diciendo otra cosa, aparte de lo que dice?—. Eso sí, no ha vuelto a tener el esplendor de aquella noche en que la conocí; cuando la aventura de ese nombre la llevó a explorar rincones de su alma que nunca había pensado que existieran.

“Fui al aeropuerto a espiarlos. Por alguna casualidad me enteré de que Fernando no volaba el día en que se despidió de mí, sino dos días más tarde. En ese momento supe que tenía una amante. No podía ser de otra manera. Si no, ¿para qué la mentira? . . .”

Quise interrumpirla en ese momento, pero no lo hice. El verde de sus ojos había adquirido una profundidad que los volvía fascinantes y que jamás volvía a ver en ellos. Su cutis estaba húmedo, brillante. El rubor de sus mejillas había tomado una tonalidad que nunca logra el colorete.

Estaba tan bella esa noche, que no podía dejar de mirarla. ¿Sería quizás porque era la primera vez que se contaba a sí misma la historia? Lo que resultaba claro es que no era a mí a quien Isbelia la narraba. ¿O sería tal vez que sólo al contármela a mí, a alguien que para ella era “otro hombre”, un desconocido, se atrevía a contársela a sí misma? Nunca lo sabré, y no tiene importancia. Lo que sí sé de cierto es que la Isbelia de hoy no tiene casi nada que ver con la Isbelia de aquel momento. A veces me pregunto si todos estos años que he pasado junto a ella no han sido otra cosa que la duración de un intento insensato de revivir aquel instante único, fugaz, irrepetible. ¿Es eso —quizás— el amor?

“Vi como bajaron del auto. Los dos estaban contentos. El se veía distinto, rejuvenecido. No podía ser que casi no lo reconociera, si apenas hacía dos días que había salido de casa. Pero no era dolor lo que sentí en ese momento. Era otra cosa. Una curiosidad infinita, como si toda mi vida pasada hubiese dejado de ser algo ya ido y toda su importancia se hubiera concentrado en un solo punto, ese punto de la sensibilidad del ojo que mira, del oído que escucha. . .”

Isbelia, mi amor, ¿dónde estás? ¿Dónde está esa mujer que me cautivó al contarme la historia de su desamor? ¿Es que sólo existió en ese instante? ¿Es eso posible?

“Ella lo miraba y el brillo que irradiaba de él era el reflejo de su mirada. Era el amor de ella el que se esparcía sobre su cara, sobre su traje, sobre su cuerpo, el que lo hacía verse distinto. No se parecía de ninguna manera al Fernando del que yo me enamoré. No. Era otra persona: un desconocido atractivo. Tal vez por eso no sentí dolor. . .”

Aquí hizo una pausa. Tragó saliva y dejó que se le desempañaran los ojos. Quisiera encontrar otras palabras para describir el rostro de Isbelia en ese momento. Nunca he visto un rostro igual; no sólo sus ojos y su boca, cada poro de su piel estaban vivos, despiertos, expresivos. Nunca más Isbelia logró igualarse a sí misma.

“Ni siquiera pude pensar que ese Fernando, al que yo miraba abismada de curiosidad, fuera el padre de mis hijos. No podía hacerlo porque este Fernando era el de ella. Y lo pensaba sin celos, sin enojo, sin despecho. Sólo con sorpresa; la sorpresa de ver, de palpar que alguien, a quien uno quiere y de tanto querer conoce, puede ser otro. ¿Cómo juntar las dos imágenes? ¿Cómo superponer un cuerpo al otro? ¿Cómo unificar en un mismo nombre a dos seres tan diversos? . . .”

No tenía idea de a dónde quería llegar Isbelia con su relato. Ella tampoco lo sabía. Todo era un poco absurdo. Llevábamos apenas unos momentos de conocernos y ella me entregaba ya su historia. Yo soy desconfiado; empecé a pensar en el propósito ulterior de su conversación. “Uno no va por el mundo contando su vida íntima al primer extraño que encuentra”, me dije. Pero pronto supe que no. No había propósito ulterior; al menos, no conmigo. Tal vez por eso me cautivó, por la espontaneidad y el esplendor con que se entregaba en ese relato encendido. Y por la dualidad enigmática de su voz, que era como la de su mirada. Ambas parecían dudar entre dos planos de profundidad diferente. Dentro de Isbelia se adivinaban las mismas corrientes submarinas que deshacen y rehacen la imagen plateada de la luna sobre los pliegues nocturnos del mar.

“De pronto reconocí en él un gesto que me era familiar: una manera que tiene de frotarse la nariz cuando está nervioso. Se frotó la nariz, tomó su portafolios con una mano, y con la otra la estrechó fuertemente. Ella le soltó el portafolios e hizo que la abrazara con las dos manos. Pegó su cuerpo al de él con un movimiento de serpiente que quisiera hundirse en la arena. Cuando se separaron, me fijé en la bragueta de Fernando —siempre me fijo en la de todos, sin querer— y percibí su excitación. Duró unos segundos así y luego volvió a tomar su portafolios; lo apretó con firmeza, se frotó otra vez la nariz, recobró su rostro habitual e instantes más tarde desapareció en una escalera eléctrica. . .”

La escena que describía Isbelia me incomodaba. Sentí que también mi miembro, como el de Fernando, se excitaba. Quería que Isbelia no dejara de hablar. Nunca antes me había excitado sin tocar a una mujer o sin que ella me tocara. Nunca antes me había perdido en las palabras de una mujer; por el contrario, siempre las había preferido calladas, y las callaba fácilmente, fuese con un beso o con una caricia audaz en el muslo, por debajo de la falda. Nunca antes había deseado a una mujer como deseé a Isbelia esa noche. Era un deseo plenamente corporal, pero que se satisfacía y al mismo tiempo se incrementaba al contacto con la tenue materia de las palabras. No quería llevarla a otro lado y cogérmela. Quería que Isbelia lograra prolongar ese estado peculiar en el que me encontraba y que ella propiciaba con sus gestos, con su voz, con ese despegue que mostraba al hablar nada menos que de la pérdida definitiva del compañero de su vida.

“Se soltó en un llanto desesperado y desconsolado, como el de alguien que, habiéndose resistido a aceptar una desgracia, se da cuenta de pronto que ya no hay nada que hacer. Así de profundo y de intenso. No pude evitar acercarme a ella. No pude dejar de consolarla, de mostrarme solidaria con esa mujer. . .”

“¡Qué atrevimiento!”, pensé. El pobre de Fernando no acababa todavía de abordar el avión, cuando esta mujer ya estaba apoderándose de su amante. ¿Con qué derecho se acercaba a Isbelia? Era jugar sucio, meterse morbosamente donde ella era la menos llamada a hacerlo. “Las mujeres son, como dicen, aliadas del demonio. Hay que tener cuidado.”

“La llevé al restaurante del aeropuerto. Pedí un té de manzanilla para ella y un café express para mí. Le pedí que me contara. No tuve que insistir; ella misma necesitaba hacerlo. Lo quiero, me dijo, lo quiero y no puedo quererlo: no debo quererlo. Nunca me habla de su mujer ni de sus hijos, pero yo sé que están allí, en algún lugar. ¡La odio, la odio! —repetió varias veces—, nunca he deseado la muerte de nadie, y la de ella la deseo con todas mis fuerzas. ¡Que Dios me perdone! Todas sus frases las había sacado de alguna telenovela y sin embargo en sus labios sonaban naturales. Era muy delgada, morena y de rasgos finos. Lo más vivo de su cuerpo eran sus manos. Ahí estaba escondida toda ella. Eran manos de escultora, pero no eran voraces. Eran fuertes pero estaban bien cuidadas por un manicure discreto que elegía un barniz cualquiera sin llegar a la vulgaridad de las uñas largas y pintadas. Bajo el barniz transparente se percibía un rojo profundo, casi morado por la intensidad de la sangre que se acumulaba en ese punto de su cuerpo. Las movía mucho al hablar. Las palabras que pronunciaba no eran lo más importante; lo que tenía que decir lo decían sobre todo sus manos. . .”

“¿Quién es esta mujer?” Me lo pregunté varias veces durante la noche. Quién es, que puede traer a la mesa, con toda naturalidad, a esa otra mujer, a Isbelia, la amante de su marido, y ofrecérmela. Me ofrecía esas manos extraordinarias, que contrastaban con las suyas: calladas, con esa gracia discreta de la utilidad en reposo. A cada paso de la historia de Isbelia crecía una incógnita que la envolvía y que acrecentaba cada vez más su atractivo. Me angustiaba pensar que la narración pudiera llegar a su fin, que Isbelia acabara de contar el episodio del aeropuerto y no tuviera más que contar.

“Al ver esas manos me di cuenta que Fernando no volvería a mí. No fue otra cosa. Sabía que esas manos, en un acto de magia, habían he-

cho de él otro hombre, el que momentos antes me había parecido un extraño. Y que habían hecho de mí una intrusa, una usurpadora. Poco a poco se fue calmando. Se dirigía a mí con agradecimiento. Es tan raro encontrar a alguien que lo entienda a uno y, señora —me dijo—, yo sé que usted me comprende. Me preguntó si estaba en coche y le mentí. Le dije que no para poder seguir con ella, para mirarla conducir el auto de Fernando. Ofreció llevarme a mi casa. Yo le di otra dirección y nos dirigimos hacia allá. En el trayecto me dijo cosas de su vida. Era fisiculturista de profesión. Vivía sola. 'Lo único que vale la pena en mi vida es Fernando, señora; lo demás es común y corriente, es tiempo muerto, no es nada.' No tenía la menor capacidad para percibirse a sí misma, no se daba cuenta de lo que valía, de lo que era capaz. . . "

Isbelia iba a detener ahí su relato. Sentí el sobresalto que auguraba el fin de la conversación, del encantamiento. Siguió sólo un momento más.

"Cuando llegamos me dijo: 'Espere, señora, déjeme darle mi tarjeta, por si alguna vez se le ofrece'. Tomé la tarjeta y bajé del auto. Ella partió despidiéndose con la mano. Leí la tarjeta: 'Isbelia Villaseñor. Fisiculturista'. En la parte inferior, un número de teléfono. Su nombre me dolió en todo el cuerpo. Resonó como un eco en mi cabeza: 'Isbelia Villaseñor, Isbelia Villaseñor. . .'. Siguió retumbando con el sonido sordo y seco de un tambor, hasta que, en la cadencia, el 'Villaseñor' se fue anulando y quedó sólo el 'Isbelia, Isbelia, Isbelia. . .' "

Isbelia sumió la cabeza entre sus brazos apoyados sobre la mesa. Quise tocar su pelo, en el que vi relucir unas cuantas canas, pero no me atreví. Supe que no podría, que ya no estaba allí, pero que tampoco podría separarme ya de ella. Todavía hoy, después de diez años, lo intento. Invoco a esa mujer inalcanzable y no sé si algún día podrá volver desde el hechizo insondable de su nombre.